

LOS REALISTAS

NOVELAS DE AMOR Y DE COMBATE



LA VENGANZA DEL SEXO

≡ NOVELA REALISTA DEL AMOR EN LA NATURALEZA ≡

POR

ANGÉLICA MENDOZA

HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

Año I.

0.20 cts.

N.º 10.

*Continuamos haciendo la
revolución en los espíritus*



ANGELICA MENDOZA

La Venganza del Sexo

NOVELA REALISTA

BUENOS AIRES, DICIEMBRE
== VEINTISEIS DE 1923 ==



HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar



La Venganza del Sexo

POR ANGÉLICA MENDOZA

I

Este pueblo es de un color intensamente pardo. Tiene muchas calles polvorosas flanqueadas por acequias de agua sucia con yuyos plumizos a la vera; casas terrosas de muros de "adobón", hinchados y panzudos por el peso de los techos de barro; zaguanes amplios, enladrillados, con macetas de malvones y corredores silenciosos recortando parrales encatrados.

Siempre está envuelto en tierra el pueblo. Brota de sus calles el polvo, en remolinos, levantados por la ven-

tisca serrana. Sus arboledas se cuecen en verano bajo un sol de amarillo furioso y en invierno bajo la caricia traidora de las heladas.

Hay en el pueblo, asentado en tierra cuyana, una plaza poblada de lilas y rosales silvestres y una iglesia carcomida como una gusanera donde moran informes figuras de santos con las facciones borradas por el tiempo.

La tierra en polvo que sumerge al pueblo rellena todos los huecos. Las arañas tejen interminables arabescos en los portalones, entre árbol y árbol, en los rosales, en los corredores y hasta parece a ratos que el polvo entra en las almas de la gente en donde la rutina, el hábito y la somnolencia tejen mallas de ruina y de vejez.

A veces, tal es el silencio del pueblo, se oye la labor de la carcoma y se presiente el crugir isócrono de su labor en los espíritus.

Nadie sacude del polvo a los rosales; las uvas no son lavadas ni sacudidas, y las bocas silenciosas gustan despacio los granos morenos, emblaquecidos por la tierra. Todos viven en el polvo, duermen con él y mueren en él.

En una amplia casa del pueblo, hay tres mujeres que viven solas. La calle que pasa frente a la casa es callada y sólo en otoño pasan por ella, carros pesados,



tirados por ringlas de mulas troteras, cargadas de espejuelos y tiras de cuero.

Ruedan lentos los carros, para no despertar la pachorra del pueblo y los jinetes que montan la "sillera" de recado vistoso y monumental, van encorvados bajo el peso de un sombrero grande de alas levantadas.

Las tres mujeres solitarias han nacido en el pueblo y llegado a la madurez enterradas en el polvo que las envolvió al nacer. La careoma de la costumbre ha roído sus tres almas y sus vidas son opacas, muertas y polvorientas.

* * *

Por ser domingo la casa de las mujeres ha sido barrida. La mayor de las solteras—porque lo son—movió algo los malvones de donde escaparon arañas; bajó unas "cuelgas" de uvas conservadas desde el otoño pasado. La fiesta hogareña hubo de animarse con el surtidor que largó cantarino su chorro de agua y con la escoba que escudriñó las esquinas.

A la tarde las tres mujeres se sentaron a la puerta de la casa en hamacas de mimbre, para ver pasar la mozada y charlar de banalidades.

La menor de las tres tiene treinta y cinco años y la mayor cuarenta. De las tres sombras, la menor, Elvira, se destaca con líneas más seguras; hubo de ser linda

a los veinte y cinco años, pero ahora tiene los senos arrugados y enjutos, las caderas huérfanas de carne potente, los ojos mortecinos y la boca caída en sus ángulos. Elvira es ahora vieja y virgen; lo primero le duele, lo segundo la enorgullece. Las mayores han sufrido la labor del esfumino del tiempo y la rutina, son sombras que jamás volverán a conocer la luz; Elvira a veces levanta el seno mustio y sonríe ante la presencia de un mozo; siente que algo vive dentro de su vejez en marcha. Pero el hombre pasa y no mira.

Las tres solteras tuvieron novio. A veces conversan de lo pasado y evocan las horas muertas devanadas junto a los galanes bajo la égida de la madre adusta.

—¿Te besó alguna vez, Mercedes? — pregunta Elvira a la mayor.

—¡Nunca! Ni me apretó las manos porque me respetaba como mujer honrada — replica orgullosamente.

—¿Y a vos Luisa?

—¡Tampoco! — contesta secamente.

Elvira recuerda entonces a su novio único. Tampoco pudo besarla; pero bien que le muerde aún el deseo de sentirse besada y acariciada, que solo la presencia avizora de la madre pudo impedir que fuese antes una realidad.

Evoca luego las procesiones religiosas y los festivales populares, cuando al portar imágenes milagreras

o al rozar cuerpo a cuerpo, apretados sus flancos entre el descuido malicioso de los hombres, sentía golpeteos furiosos en el corazón y el deseo incontenible de adormilarse, de tenderse de espaldas frente al sol para sentir la caricia indistinta y multánime de todos los que quisieran.

Recuerda sus vergüenzas y arrepentimientos que se sucedían mecánicamente a continuación de su transportes y que la llevaban a los confesionarios severos que en nada remediaban sus males. A veces le parece ahogarse bajo la tela sutil que teje la carcoma y la rutina en las gentes del pueblo; pero sus afanes de romperla quedan anuladas ante la flojera de su voluntad y el convencimiento de que es tan mañosa la red que permitiría ser estirada sin destruirse nunca.

Las tres solteras son de contextura fuerte; en sus años juveniles hubieron de poseer sangre roja, nervios saltarines y carne potente, pero encerrado todo en la masa gelatinosa de la hipocresía. Ahora bajo el revoque pardo del polvo de los años y de las costumbres, la gelatina ha crecido en desmedro de la carne y de la sangre.

La menor siente a veces el cosquilleo de vivir; es un anhelo raro que la impulsa a moverse, a reír, a cantar, pero que luego queda adormilado en la paz del hábito.

II

El pueblo se está requemando bajo la áspera caricia del sol de verano. La gente duerme la siesta haciendo digestiones laboriosas, bajo la sombra de parrales; el agua de las acequias corre murmujeante deteniéndose en los tapones hechos por los palurdos, frente a los predios. Todos los frutos están en plena madurez sahumándose el aire de olor a tierra profícua y a ovarios reventados.

Pan, anida bajo la sauceda junto a canales repletos de agua turbia, donde los mozos cantan, ríen las mozas y los pastizales se doblegan bajo el doble peso de los que se abrazan hondamente saturados del olor a beso y a vida que brota de los duraznos y brevas maduros.

También verano visita la casa de las tres solteras. Las mayores se apelotonan como caracoles dentro de la caparazón de la soledad y rehuyen al campo; pero Elvira cede a las instancia de una amiga joven que vive en la campiña cerca de las primeras lometas y que le promete una vida de tranquilidad y alegría.

¡Qué bien se siente ahora Elvira! La maravilla, el aspecto eglógico de la casona de campo, enclavada en medio de parrales e higuerales.

Muchas visitas llegan a ella. Elvira toma parte en



las veladas, en los juegos, en las carreras y al contacto de la vida plena que surge de los hombres y de las cosas, se siente renovada y con ansias desconocidas.

La amiga de Elvira se nombra Cloe, tiene veinte y tres años, es de cuerpo gentil y rostro alegre; ha estudiado en la Capital y ya de vacaciones juega, salta y chilla como un muchacho: Clóe tiene un novio, que medio en broma medio en serio ha bautizado con el nombre de Dafnis.

—“Nosotras dos somos como aquellos simples muchachos que vivieron hace tiempos en una maravillosa tierra, plenos de inocencia” — dice risueña a los que extrañados averiguan el por qué del nombre de Dafnis al novio.

—“¡Si esta muchacha es el diablo en persona!” — arguye la madre pacífica y sonriente.

—“Veya pues, bautizar con nombre de hereje al muchacho”! — rezonga el padre.

—“Pero ¿y cómo me nombran Cloe, a mí?” — grita la muchacha trepada a una higuera.

—“Porque tu madrina q’era tan leída se le antojó así” — contesta el viejo amostazado.

Pero Cloe juega lo mismo. Elvira que nunca corriera ni alzada el vestido se ha visto obligada más de una vez por las travesuras de su amiga a levantar la falda pesada y correr entre los pastos.

Va produciéndose en su espíritu un revuelo extraño; se siente joven y se encanta con la charla de los mozos. Hasta su cuerpo goza de la caricia de la nueva vida; sus carnes aumentan y sus senos caídos, tienen ahora redondeces incitantes.

Cuando juegan a las escondidas y a carreras locas, muchas veces el roce de las manos de los muchachos la aturde, quedándose temblorosa de emoción.

La morena Cloe la empuja a vivir así; acortó sus vestidos, quitóles dos tercios de mangas y recortó el descote. Ahora Elvira al airear su carne empalidecida por el encierro se ha vuelto joven y urgente en sus ademanes; se baña desnuda con Cloe en los pozos de agua tranquila y verdosa. Al principio se defendió bravamente y entraba al agua envuelta en un largo camisón; pero Cloe desnuda, magníficamente descarada, tendida de espaldas en los pastos frescos, reía de Elvira y se burlaba de lo que escondía tan celosamente. A influencia de la sensualidad sana y bella de Cloe que dejaba al aire, al agua y al sol, que besaran las puntas rosadas de los senos pequeños y erectos, y enfilaran como cuchillos entre sus muslos morenos de músculos fuertes y tensas, Elvira arrojó el camisón y desnuda entró en los pozos de agua fresca. Luego Cloe, corría por la huerta solitaria en las siestas, con el cuerpo mojado y chorreando agua por los flancos, obligando a

Elvira a mostrarse desnuda y casta, bajo los emparrados. Nadie molestaba los juegos, pues la casa dormía y Dafnis no estaba todos los días en ella.

Al contacto del ejercicio, del agua y de la luz, el cuerpo de Elvira adquirió morbideces suaves.

Ella misma a solas en su pieza, se desnudaba plácida y recorría con su mano todos sus curvas, acariciándose los senos y los flancos; empezaba en ella ese proceso maravilloso del despertar de la mujer. Se complacía en mirar y acariciar su vientre, sus muslos y sus senos, encantada ante el descubrimiento de su belleza. La mano suave recorría con deleite la piel y sus recovecos voluptuosos, adormilándose bajo el temblor incipiente de sus nervios que daban las primeras notas de la sensualidad. Pero treinta y cinco años muertos no pasan en balde; la boca mustia y los ojos mortecinos denunciaban a Elvira su vejez al mismo tiempo que la imposibilidad de encontrar ahora, el príncipe azul de los sueños tontos de las solteras hipócritas. Y estremecida aún por la caricia de sus manos en los senos jocundos, se doblegaba bajo el peso de su pena y lloraba su juventud muerta y su vida falseada, por la malla sutil de los prejuicios, de la rutina y del hábito que ahogaban los impulsos.

* * *

Dafnis ha venido a casa de Cloe por unos días. Es un muchacho de veinte y cinco años, rubio, sonrosado, sano y fuerte; su contextura apolínea contrasta con una maravillosa ingenuidad de niño grande. De sana sentimentalidad e inteligencia despejada, pareciera que la vida fluyera a torrentes de cada uno de sus gestos. Es culto y delicado; ama apasionadamente a Cloe a la que conociera en la Capital. El amor de ambos es tranquilo y hondo; da la impresión de que se encontrarán satisfechos y no hambrientos de caricias.

Son dos buenos camaradas que no se hacen engañefas estratégicas para convencerse mutuamente de su cariño. Elvira se encanta ante el grupo luminoso que forman las dos vidas llenas de fuerza y gracia. A veces entristecida compara su juventud opaca y desteñida, sin cascabeleos de risas, sin besos ni expansiones con la de los dos muchachos; piensa que el amor ya no vendría a ella, pues antes a su llamado se taponó los oídos, rechazando el único motivo que hubiera podido justificar su vida.

Una transformación extraña se va produciendo poco a poco en la solterona silenciosa que meses atrás sólo se preocupara en limpiar de sabandijas al jardinillo casero. Siente impulsos nuevos que la incitan a revolcarse desnuda en la gramilla de la huerta, a morder frutas rosadas y felpudas, a beber agua fresca y co-

riente, a dejarse arrullar por la canción peregrina de las acequias "pandas", a tenderse de espalda cara al sol, al viento y a la luz, a reir inopinadamente y a gritar sin motivo en la soledad de los campos como si tuviera el alma plena de gritos que pugnaran por escapar.

A veces un río de fuego le quema su espalda, sus senos y le invade la cabeza; le devora una sed que no acierta a explicarse y que no se aquieta, ni en el baño, ni bebiendo.

A ratos siente inquina a Cleo tan buena y tan juguetona, sin que se explique la causa. Dafnis la marea; a su lado siente deseos de anularse, de no ser más y diluirse en las cosas como en un sueño raro. Ahora ni dormir siesta puede, y vagabundea por la campiña aspirando frescura.



Una tarde caliente y con mucho olor a tierra mojada y a fruta en sazón, Elvira dominada por su fiebre interior, salió en busca de ambiente fresco al pastizal del fondo de la huerta.

Bajo los parrales repletos de uvas morenas y blancas, pellizcandó los racimos, Elvira pensaba en Cleo que en esa siesta no la oyerá jugar en los corredores. Ya en el pastizal vió moverse las matas y sintió un rui-

do ahogado de risas juveniles; avanzó despacio, palpitante, entre la crecida alfalfa, separando las plantas, y bajo la sombra de un higueral notó a Dafnis y a Cloe recostados en el pasto. Elvira miraba asombrada como Dafnis besaba a Cloe que, rísteña y bajo su peso, se dejaba acariciar.

La tarde tenía una placidez de embrujo. Bajo la sombra de las higueras el grupo juvenil ponía una nota rotunda de voluptuosidad; hasta la gramilla se aplataba sin ruido cómplice del momento, en tanto que la pierna desnuda de Cloe se abandonaba en ella.

Elvira, envuelta en yuyos, jadeante y curiosa sintió descender un velo ante su ceguera mental; y alelada por el descubrimiento y sintiendo gravitar en sus hombros el secreto de algo muy misterioso y hondo, huyó hacia la casa.

Más tarde y cuando sin sol la casona de campo quedó entenebrecida, Elvira habló a Cloe.

—¿Qué hacías con Dafnis, allá en el higueral?

—¡Oh! ¿Nos visteis acaso? — murmuró asombrada Cloe.

—Sí, hube de verlos a pesar mío.

Cloe miró a Elvira al fondo de los ojos. Comprendía que debía defenderse recio de la acusación que brotaba del gesto de la mujer.

—Bueno, sí. Nos estábamos queriendo — contestó despacio.

—¿Queriendo, Cloe?... qué dices?... ¿lo de los casados?...

—¿Y por qué solamente los casados! — contestó impetuosamente Cloe. — ¿O tú crees, que es necesario aguardar años y años para quererse bien? ¿O piensas que en plena juventud, íbamos a esperar que la conveniencia de los otros nos diera permiso para gustar del amor? ¿O te crees, que sólo un limitado número de mujeres tienen derecho a ser feliz!...

—¿Pero, Cleo, hablas como hereje y como si fueras una mujer de la calle, que no respeta las creencias, ni las costumbres!

—¿Una mujer de la calle!... No sabes lo que dices. Y tú que has respetado la creencia y la costumbre ¿qué eres ahora?

Elvira sintió el latigazo en pleno rostro. Tenía razón ¿qué era ahora? una solterona rara, que después de muchos años se veía poseída de ansias indefinibles, que íntimamente le hacían comprender el hecho de Cloe.

—¿Pero tu comprendes Cloe, que has perdido algo que no recuperarás nunca! — contestó Elvira despacio como en un último baluarte.

—“¿Perder algo?” ¿Mi virginidad, la inocencia de soltera?...

“¿Y en nombre de qué puede obligarse a conservar en la mujer lo que los hombres pierden al pisar la adolescencia, si nosotros también tenemos nervios y deseos? ¿qué ley salvaje es esa que nos condena al suplicio de Tántalo, a la sed de amar, por el cuidado absurdo de algo cuya pérdida no produce perjuicio a nuestro organismo, en tanto que su presencia nos hace viejas y agrias en plena juventud y cuya única utilidad radica en que es taparrabo de todas las depravaciones? ¿no crees que es acaso más corrompido especular con la conservación de una membrana para asegurarnos la conquista del marido y con ella la del alimento, que querer con una sana amplitud al hombre que impresione nuestra emotividad? O es que tú entiendes que a la mujer se le ha cercado la vida con el vicio y la abstinencia para que los hombres gocen de libertad ilimitada al mismo tiempo que se los hace dispensadores voluntarios de nuestra dicha o desgracia? ¿No te parece que no debiéramo ser las mujeres las más diligentes condenadoras de la libertad de amar, sino al contrario?...”

Elvira escuchaba atontada la serie de interrogantes que impetuosa le planteaba Cloe. Por primera vez sentía que frente a sus prejuicios había razones poderosas que los hacían bambolear, e íntimamente, ahora

que la naturaleza la iba transformando de una manera sorda y que sentía renovadas sus urgencias amorosas de antes, se daba cuenta que era muy posible que aceptara el criterio de Cloe.

Empero el horror de pensar que al proceder así, hería de muerte sus creencias y la red mañosa de rutina que envolvía a toda la gente de su pueblo, a su familia y a ella misma, retrocedía espantada. Ah, no, ella no debía pensar que estaba bien hecho, amar así como Cloe, responsabilizándose de algo tan grave!

Pero de noche, tendida de espaldas en su cama, la visión de Dafnis y Cloe, la perseguía sin cesar. Adormilada se despertaba nerviosa; soñaba que era ella la que tendida en el pasto recibía la caricia de Dafnis. Horas de lucha sorda seguían a sus sueños; su sufrimiento se agudizaba ante la conciencia de que su sangre en un último esfuerzo imploraba la vida, en tanto que su conciencia, hecha al molde de todos los prejuicios, rechazaba horrorizada el mudo pedido de su cuerpo.

Lágrimas ardientes epilogaban su lucha. Ella vivía tranquila antes; bien es cierto que era una sombra que deambulaba sin noción de existencia. Ahora que despertaba al contacto de una naturaleza potente, y de una sensualidad sana y simple, se encontraba talmente como en un laberinto, en el que todos los peligros la acicateaban y sin que poseyera el maravilloso consuelo

del hilo de Ariadna que la ayudara a orientarse en su dolor.

Sentía el espíritu preñado de un concepto nuevo, e intuitivamente presentía también, que el parto sería tan desgarrante y tan doloroso, que tal vez no sintiera, ni viviere más.

III.

El derroche de luz y de colores que hiciera el verano en el pueblo montañoero, hase apagado. El oro viejo del Otoño pone una nota moribunda en las arboledas de las calles polvorientas en tanto que en los lagares primitivos las canecas vuelcan su carga de uvas machucadas. Aún los vecinos del pueblo se resisten a admitir las prácticas modernas de vinificación, y sus viñedos de parrones altos, viejos, retorcidos, se reeuadran por murallas de adobón para impedir que "las flores se mezelen y salgan revueltos los bouquet" según el decir del padre de Cloe.

Los viejos carros arrastrados por mulas, con jinetes de rasgos aborígenes y rostros bañados en la dulce tristeza serrana, irrumpen bullangueros por las calles



alfombradas de tierra. La polvoreda que levantan difunde al pueblo en una gran mancha parda.

Trepando por las ruedas y colgando de sus tirantes, los muchachos magros y astrosos, asáltanlos en procura de reimos desgajados de uva criolla.

La gente ríe plácida y ni ante la saña sangrienta de los conductores que tiñen sus látigos en el lomo torturado de las mulas "matadas", o en las canillas flacas de la muchachada asaltante, se siente conmovida o alterada.

La caquexia hereditaria, que brota hasta de los muros arruinados de las viejas casonas provincianas, pone en los rostros un signo de placidez primitiva, que se estereotipa en la sonrisa babosa y en la pachorra.

A veces parece que un vuelo de pájaro ensombrece los rostros; es que un pensamiento acaba de cruzar por el limbo gris de sus cerebros.

* * *

Elvira ha vuelto a su casa donde las hermanas mayores más silenciosas y empolvadas en ruinas que antes, vagan como sombras en los corredores y habitaciones. Semana Santa ha pasado ya, Elvira se sustrajo de todas las manifestaciones religiosas, porque se sentía chicoteada por ansias quemantes que calificaba de pecadoras. La religión produciale ahora un gran cansan-

cio y la magia de la liturgia no le llegaba; tenía asco y despego por los confesionarios sombríos. Hubiera querido encontrar un hombre joven y sano que en nombre de la religión la consolara.

Pero un domingo cediendo a las instancias de sus hermanas, las acompañó a la derruida iglesia del pueblo. Los altares desiertos, el olor a abandono y a viejez, hirieron hondamente a Elvira, no encontrando como antes ese soplo misterioso y desvaído que fluía de las imágenes ensombrecidas. Sintió el deseo incontenible de gritar en medio del silencio religioso; luego de rodillas frente a un altar donde emergía la imagen de un Cristo sangriento como un carnicero y lacerado por heridas que simulaban bocas, sufrió una rara impresión. A la luz desmayada que entraba de lo alto y en el claro oscuro del fondo del nicho, el Cristo fué perdiendo para Elvira sus características religiosas y místicas. Se perdió el color de sus telas y surgió desnudo y blanco como un Dios de enorme poder fálico, ante la mirada ardorosa de la mujer torturada. La cabeza caída de la imagen fué levantándose y tras la mueca de dolor apareció la risueña faz de Dafnis como una invitación al deleite. Elvira cerró los ojos y desmayándose en un mundo blando y suave, recorrió con la boca reseca el cuerpo rosado y lleno de Cristo. Sobresaltóla la voz de Luisa:

—“Elvira ¿rezamos un trisagio?”

—“Bueno, rezemos”. — y lágrimas amargas mojaron sus plegarias plenas de horror ante la conciencia del sacrilegio cometido. Pero los ojos aguados hicieron de nuevo, desvaídas las cosas; la voluntad fué desmayándose al compás de la melopeya de las rezadoras y como si fueran desatándole ligaduras, Elvira se sentía desmayar, en tanto el Cristo, poderoso de amor, emergía del fondo oscuro del nicho y sonriente avanzaba hacia ella. Desorbitada, quemándole una corriente de fuego sus entrañas, enloquecida por la sonrisa de Cloe que fluía del Cristo, Elvira se arrastró en la tarima del desvencijado altar y ante el mudo horror de sus hermanas, se retorció como una poseída.

—“¡Lia dao un insulto!” — decían algunas.

Era verdad. Pero las oscuras hermanas que se horrorizaban ante el ataque no conocían el poder de horror que encerraba; no sabían que la boca de Elvira, al contraerse, besaba el cuerpo del Cristo sangrante y que sus miembros retorcidos, estrujaban al hombre desnudo que surgía del fondo del nicho.

Más tarde un médico hubo de diagnosticar: histerismo agudo y una aneurisma en comienzo, Recomendó paz, tranquilidad y nada de impresión; pero como al descuido concluyó:

—“No sería malo que la señorita se casara... en fin”.

Luisa y Mercedes se miraron asustadas. ¿Casarse? ¿Y para qué?

* * *

La casa de las mujeres se ha llenado de silencio. El invierno un poco arisco ha helado el jardinillo, mientras que en el parral los sarmientos se entrecruzan en malla. El viento que bate las viejas puertas, ha obligado a poner braseros de hierros con brasas de algarrobo en las habitaciones, donde deambulan como sombras las mujeres.

Las tres hermanas hacen una desvaida vida familiar. Pareciera que la frialdad de las ventiseas, trazara muros helados entre las tres. La enfermedad y la transformación de Elvira han herido a las mayores de una preocupación honda que día a día se adentra más, haciéndolas más imprecisas y más silenciosas que antes. El formidable problema que abate el espíritu de la hermana ha pasado y pasa misterioso para las buenas y simples mujeres. No alcanzan a comprender el porqué de la fiebre que ilumina de los ojos agrandados de Elvira, que va consumiéndose poco a poco, ni menos los nuevos hábitos y las nuevas tendencias que le notan con un asombro infantil.

La vieja salita familiar, de muebles gastados, de cuadros de simplicidad aburridora, de tapices desleídos por el tiempo y el polvo, atrae a la enferma rara que pasa sus horas tumbada en los sillones gastados, aspirando el olor a vejez y a humedad que brota de todos los resquicios.

Multitud de libros recién comprados llenan un mueble biblioteca; en los cajones de un escritorio guarda furtivamente de cuando en cuando, paquetes pequeños que le trae el cartero.

Las tardes grises con cielos chatos cargados de nubes gruesas, la amodorrán en un sueño raro y aplastante que le come la tranquilidad de sus nervios.

Manías extrañas van surgiendo del pozo oscuro de su individualidad; gusta saborear a ojos cerrados, licores ardientes y secos que preparan viejas habilidosas. Sólo al contacto de su sensación quemadora siente amortiguada la sed que mantiene rescos los labios.

Ante el asombro de las hermanas, Elvira colecciona cintajos de colores brillantes y frascos con perfumes fuertes. Las flores que marean con sus olores, son de su preferencia; recostada en los desvencijados sillones pasa sus horas muertas oliendo alternativamente todos los perfumes de su colección. La tarea la adormece y la envenena lento; del mar de olores al que arroja a

su cerebro, sale envejecida y maltrecha con un gran desgaste vital.

A veces en plena delectación de licores y perfumes el cerebro trabaja como una fragua ardiente. En el silencio cómplice de la casona y ante el abandono de las hermanas, Elvira se entrega a raros y monstruosos ensueños voluptuosos.

Toda una levadura de extravío propia de un cerebro atormentado por la neurosis ha fermentado en su cerebro. El "hambre de amor", toma en la enferma sus características más agudas; alucinaciones, desmayos, ataques continuos, nervios dislocados. Obsesiones sucesivas de carácter místico mezcladas con libertinajes aberrantes, mantienenla en un estado de tensión máxima. Al mismo tiempo y como una consecuencia fatal ha perdido el gusto por las comidas sanas y sobrias de la cocina casera; un raro refinamiento proveniente de la dislocación nerviosa y del predominio absoluto de la imaginación sobre sus facultades, ha hecho que la tranquila y sencilla soltera de antes no se satisfaga con la sobriedad casera. Ahora quiere mixturas extrañas de una complicación indiscutible que dejan aleladas a las buenas solteronas que día a día se sienten alejadas de la enferma.

El extravío en que se desenvuelve la vida de Elvira se una sima que se ahonda de continuo con la apari-

ción de morbosidades; en vano la voluntad quiso al principio sustraerse a las aberraciones, pero al final de unos meses era un pingajo despreciable que galopaba a la par de las alteraciones. A veces surgía del fondo sombrío de la individualidad de la mujer, fuerzas primitivas que alumbraban como un fogonazo el horror de la existencia presente incitándola a regenerarse. Empero eran ráfagas que se repitieron cada vez más espaciadas hasta desaparecer por completo. La cultura familiar, la sencilla vida lugareña llena de cuidados y prohibiciones, las costumbres heredadas y adquiridas, el hábito, los prejuicios, fueron vencidos paso a paso por la neurosis galopante de Elvira, como la suprema, la última y definitiva protesta, de su vida en disolución.

El fuerte temperamento, adormecido por el opio de una existencia artificial alejada del goce completo de todas las sensaciones, despertó en la mujer, al contacto de la sensualidad sana de los amores de Cloe y Dafnis y de la influencia de la naturaleza que removió sus nervios hasta la raíz más escondida. Intuía vagamente que el camino a seguir la llevaba a los vigorosos brazos de un hombre; pero taponados sus instintos por la telaraña asquerosa de los prejuicios desviaron su cauce volcándose en los pantanos sin fin de la neurosis sexual — “el hambre de amor” — transformando las risas sanas, las delectaciones amorosas reales, en es-

pasmos horribles, desvanecimientos ardorosos y delectaciones imaginarias, en las que el desconocimiento efectivo del verdadero amor, hacía creaciones monstruosas que arruinaban sordamente el organismo de Elvira.

La transformación cerebral a impulsos del deseo insatisfecho mostraba en Elvira facetas interesantes. Mujer de mediocre cultura, nunca mostró predilección por el goce y lectura de libros instructivos, serios y conceptuosos ni por las páginas teñidas a vivo por la realidad. La mala literatura que confecciona con vaselina líquida la turbamulta de traficantes que explota la gazmoñería ambiente con un sentimentalismo trasnochado, encontraba en Elvira una adhesión amplia.

Pero ahora bamboleante su cerebro por el golpe formidable del sexo despierto, hubo de variar en su inclinación literaria.

Las horas muertas que las pobres hermanas avizoraban con angustia, las empleaba Elvira encerrada en la vieja salita, en el saboreo de una nueva delectación.

Del pudridero de obras que explota para prostituirlos, todos los aspectos del problema sexual, exaltando morbosamente el instinto y poetizando sus desviaciones, Elvira había coleccionado lo más corrompido, guiándose por la reclame libresca.

Desfilaron ante sus ojos, páginas llenas de espanto

y de repulsa a la sana vida. La novelaría de aleola que escriben individuos procaces empapándola en úteros contraídos, extraviaba con sus aberraciones a la posesa del más mal hondo y grave que afecta a tantas mujeres: "La sed de amar".

¿Cómo había llegado a ese plano de degradación? Al principio la empujó el deseo de conocer en los libros, lo que no había conocido en ella misma. Y la cobardía que habíala maniatada para impedirle que se sintiera mujer en la plenitud de los sufrimientos y de los goces, era la que ahora empujábala por camino desviado a torturar su cerebro para hacerle destilar como de un cuenta gotas, lo que hace que la especie humana se inmortalice a través del tiempo y del espacio.

Ya en camino de conocer todo en forma hipócrita, buscó enciclopedias y libros de ciencia, tras la descripción de actos y de órganos que la obsesionaban de continuo.

Luego ante las serias ilustraciones científicas, Elvira maculó la intención encontrando en ellas, lo lascivo que deseaba.

En esa pendiente llegó sin titubeos a la literatura pornográfica, porque ya no bastó el conocimiento anatómico, sino que sintió el deseo de hacer brincar en el deleite a sus sentidos envilecidos mediante páginas don-

de ululaba la bestia y se describían con paciencia de sabio todo lo más viciado de la pobre humanidad.

En ese sistema acomodó Elvira su cerebro a sentir las mismas sensaciones que se detallaban en las páginas; y sus nervios atormentados debieron producir contracciones y desmayos bajo el azuzar trágico de su histerismo.

El cuerpo todo era una cuerda tensa, cuyas vibraciones producíanle sensaciones agudísimas de placer, seguidas de dolores sin cuento.

En la soledad, la mujer enferma fué provocándose sensaciones parecidas a las que la verdadera vida debió depararle. Así el recuerdo de Dafnis fué manchado con deleite, porque fué la imagen fuerte y soberbia del muchacho lo que produjo en Elvira, el hambre y la sed, que intentaba en vano, apagar en el vicio.

Y como un complemento definitivo, unía a las páginas de sensualidad pervertida, una serie de estampas confeccionadas con los adelantos más modernos de la pornografía. Periódicamente, el correo traía los ansiados encargos, cuya misión era provocar en la sensibilidad torturada, placeres hondos, pero que no duraban más allá de un minuto, dejando en cambio, el cerebro entontecido y el corazón deshecho.

* * *



Las alucinaciones sexuales empezaron a perturbar más la vida sensitiva de Elvira. Y en ese revuelco diario de sus sentidos fluían viejos recuerdos religiosos, uniendo entonces en una delectación monstruosa, el misticismo agudo con sus voluptuosidades. Dió en la tarea de coleccionar estampas y efigies de santos hermosos, rubios y soñadores. Prefería los Cristos desnudos lacerados por espinas.

Y en el mar de horrores en que agitaba su espíritu, su carne iba envejeciendo en galope incontinido, en tanto su corazón amenguaba su funcionamiento. Elvira había envejecido diez años; su desarticulación cerebral, empobreció su organismo hasta hacerla transparente y gastada. El corazón daba saltos locos como pájaro prisionero; otras veces dormía un sueño fatídico que anunciaba a Elvira, el punto final a su decadencia.

La vida sana que preconizara el médico no fué oída en nada; bajo la incitación de su sensualidad despierta, en vez de encauzarla por el terreno natural y convertirse en mujer completa en los brazos de un hombre, preferió la senda torcida que preconizaba el prejuicio. De ese modo no rompía con la rutina, no saltaba el cerco de la lagotería ambiente y daba ocupación a sus sentidos.

En la enervada definitiva, donde todas las mujeres se sienten responsable por primera vez en su vida,

pendiendo de su puja todo el porvenir, Elvira había llegado tarde; y ya en ella en vez de reparar en un instante lo que perdió en años, prefirió perderse por vericuetos ocultos y mentirosos.

* * *

Al finalizar el invierno Cloe visitó la casa de la enferma. Desde el verano en que ayudara a Elvira a renovarse como en un pozo de agua clara, no volvió a verla.

La decadencia implacable de la amiga impresionóla dolorosamente.

La confidencia fué obligada. Bajo la presión de Cloe, que en la pequeña salita, acorraló a Elvira, ésta habló despacio de su grave mal.

Y sin nombrar a Dafnis, desfiló ante el espíritu de la amiga, la sucesión de extravíos ese que había arrojado su vivir.

Era un libro macabro. Cada página teñida de negro y rojo, mostraba el grave daño realizado, con la complicidad inconsciente de Cloe. Procesión de espantos, era la confidencia de Elvira; mostró sus llagas delectándose ante su evocación, con una morbosa lentitud.

Cloe de pie la oía temblorosa. Sentía impulso de golpear de tajar por ebarde, por sucia, por hipócrita a la mujer enferma.

Pero al notar la colección inmundada de libros, toda su repulsa se volcó en palabras duras en tanto pisoteaba las obras maestras de la literatura de olor a barraganía.

—“¡Elvira tú leyendo ésto!”

¡Pero, por tu vida, Elvira! ¿Has creído acaso encontrar el amor en las páginas cochinas de comerciantes sin escrúpulos? ¡Esto es monstruoso! ¡El amor no es el espasmo solitario, ni las complicaciones cerebrales de histéricas; ni tampoco delectaciones saboreadas de páginas de los más inmundos traficantes de la literatura moderna! ¡El amor, Elvira, no se esconde, no se oculta porque es sano y honrado; el amor no es corromperse con borracheras de licores ardientes, mezcladas con borracheras de páginas lujuriosas. ¡Elvira has caído más bajo que las ramera del más hediondo burdel; porque ellas no pueden conocer el amor en su exceso bestial, y tú no lo has querido conocer por tu cobardía!

—“¡No grites, Cloe, no grites, que mis hermanas tal vez oyen! — suplicó Elvira que se sentía castigar a latigazos!

—“¡Sería mejor que lo supieran Elvira porque ya que tu cobardía te impidió llegar al primer hombre que encontraras, también debió de servir de compuerta a tu depravación!”

Cloe hablaba con una exaltación sin límites. Elvira sintió golpear con fuerza su corazón y llorar a sus

ojos. Renacía en ella un vago influjo de protesta; tenía la impresión de haber estado borracha. Y cuando Dafnis amontonó en el patio los libros que encerraban la super esencia de la morbosidad literaria y prendió fuego, tuvo la sensación de que se cambiaba de ropa y de qué una frescura indistinta le placaba el corazón.

Las estampas coronaron la hoguera.

Las hermanas asombradas como niños, ayudaban a Cloe. Bien lo había palpitado la vigilancia fraternal. Esa pieza hedionda, húmeda y cerrada guardaba algún maleficio para la mujer que se agotaba paso a paso. Al quemar todo lo extraño a su vida anterior y que había florecido como hongo venenoso en la paz hogareña, creían salvar a la hermana de las garras del demonio. Pero no sospechaba nunca la albura inútil de sus espíritus, cual era el horrible daño que esos libros habían cometido en la mujer.

—Limpia debe quedar la pieza!—gritó Cleo.

Voleó fraseos de perfumes; arrojó cintajos, estampas y tonterías vistosas. Registró cajones y papeles y en tanto efectuaba la trascendental limpieza, Elvira iba analizando por primera vez, el proceso de su decadencia.

Horas más tarde hablaron las mujeres.

—Tengo ganas de llorar, Elvira — decía Cloe con blandura — noto como te ha devorado el mal y sé que tus nervios no se van a curar ahora, muy prestamente.

Me dices que tus ataques son frecuentes y que tu corazón falla. Quisiera saber que piensas hacer luego.

—“Tengo la sensación de que me muero; posiblemente no tarde mucho — replicó Elvira.

—“Pero con ello, no contestas a mi interrogante.

“Es necesario que reacciones en un sentido sano y eficaz. Sé que si te dejo sola volverás a tus manías o entrarás en otras. El problema lo soluciono yo así: tú te vienes conmigo, pues durante esta primavera, estaré en la estancia de un pariente, situada en plena serraña. Allí, se hace vida sana y buena. Elvira; en el trabajo casero encontrarás motivos de preocupación; luego a medida que pase la Primavera viene la época de la trilla, en las que los lugareños realizan festejos simples y encantadores. Puede también Elvira, que allí encuentras el verdadero placer amoroso!..... — terminó diciendo Dafnis.

—“¡No, muchachita buena — contestó despacio Elvira. — Yo me voy acabando. He de seguirte en la esperanza de vivir en paz y con tranquilidad necesaria para este corazón deshecho. — De todas maneras, tengo la vaga intuición de qué en busca de la vida me he suicidado!”

—“¡Por qué has buscado la vida por camino falso Elvira! Tú antes de conocer el amor viéndolo en Dafnis y en mí, vivistes ignorante y ensombrecida. Posiblemen-

te y tú lo has confesado, tuvistes más de una vez el hambre de ser besada y de ser querida. Tu vida aleteó un poco; pero como a un murciélago tú misma la has clavado en la pared del vicio, con los clavos de la rutina y de la hipocresía. Te has crucificado tú misma!”

—“Puede que tengas razón, Cloe; pero no he sido yo sola la que ha crucificado mi existencia.

“También lo ha sido lo demás; eso que nos enseñaron de niño y nos obligaron de grandes. Mis crucificadores, han sido, mi casa, mi familia, mis amigas, el pueblo y algo más intangible aún, algo como una telaraña que envuelve toda la vida nuestra. Tengo la sensación de haber vivido a oscuras, talmente como si hubiera intentado orientarme a manotadas. No soy solo yo, la cobarde... Además me hicieron así...”

—“Yo comprendo Elvira el hondo efecto que causó en tí, mi manera de ser. Sé, porque concientemente lo hacía, que al ponerte en contacto con la naturaleza, revivirías. Pero nunca imaginé que la influencia fuese tan grande, lo suficiente como para hacerte bambolear en tu sensibilidad. Y dime Elvira, ya que estamos en tren de confianza ¿por qué no buscastes el amor, así como lo vistes en Dafnis y yo? ¿te acuerdas de aquella tarde... que sorprendistes?... ”

—“Sí; recuerdo. Yo no admitía tus razonamientos; no podía creer que así se procedía bien consigo mis-

ma. Aún ahora, después de esta amarga derrota, porque estoy derrotada bajo la presión de mis sentidos desbocados, no sería capaz de querer así como tú. No soy religiosa profesional, pero me viene de muy adentro, de muy viejo, la idea de que querer así libremente, es pecado, es malo. Subsiste en mí con más fuerza, la costumbre y mi educación, que todas las mortificaciones de mis nervios”.

—“¡Pero Elvira! ¡Tu contradicción es tan grande y tan absurda que pareciera que has olvidado razonar. Conceptúas malo el querer libremente, la libertad de amar a un hombre de carne y hueso, si previamente no se pidió permiso a la hipocresía de los demás; pero no es malo para ti, el hundirse en un pantano vicioso, en agudizar placeres solitarios y torturar al cerebro con páginas de extravío, sólo porque así te conservas intocada y en gracia con los demás! Razonando así, justificas el vicio, contra la honestidad. Porque la honestidad no radica en forzar la naturaleza y a escondidas ser viciosa, sino en seguir a la naturaleza y sin reatos querer sanamente; porque la honestidad Elvira no es atributo orgánico, membrana o músculo atrofiado, sino integridad moral y limpieza de sentimientos, lo que por cierto no está en tal o cual órgano sino en nuestro concepto de la vida.

—“Quisiera creer en esa verdad, Cleo — murmu-

ró Elvira. — Sin embargo nos han enseñado a supeditar toda nuestra vida al cuidado de un órgano. Nos han agrandado tanto el concepto del honor y para mejor asegurarlo, nos lo han guardado en un órgano de tal manera vedado a la vida, que hemos creído siempre malo hacerlo vivir sin el permiso de todos los demás. Así, hemos sido consagradas a un culto con la obligación de consumirnos sin remedio”.

—“¡Y es tal la cobardía que no te ha permitido reaccionar!... — contestóle Cloe. — Yo también me crié así; pero en vez de dedicar mis horas a las tonterías y banalidades de la gente convencional, he estudiado y no me he mezquinado a ver tal como es la vida; sin mentiras.

¿Qué has ganado con satisfacer a los demás en sus imposiciones? Has sido feliz? Y aún hay otra cosa. Todos esos que gritan más por el respeto a los hábitos consagrados y la moral ambiente, con sus más corrompidos violadores. En la iglesia, en la calle, en los hogares, donde reina la hipocresía, se practica a escondidas lo que se veda a gritos. Porque lo importante es no dar escándalos. Así tus respetables amigos que llaman casa no santa al burdel, lo frecuentan cuando tú no los ves y se solazan como cerdos; las honradas matronas que califican de mujeres perdidas a las que como yo saltan el cerco de sus mentiras y viven su vida, no tienen in-

conveniente de casar una hija joven con un viejo inútil pero rico, prostituyéndola como ramera; ni menos desdeñan llevar al lecho conyugal al íntimo amigo del marido, o al señor de influencia si con ello sacan ventaja. Esas solteronas amargas que repudian al hombre, han sido criadas en internados y el vicio conocido en la amiga íntima, las ha inutilizado para siempre a desear el verdadero amor. Honradas y vírgenes solteras, te pueden enseñar maravillosas combinaciones que impiden una rotura fatal, pero que producen agudos placeres. Tú misma cerebralmente te has prostituido. No solo has poseído a cuanto Cristo buen mozo cayó bajo tu vista, renovando el histerismo de la Doctora de Avila, sino que lo habrás hecho con cuanto individuo imaginastes. — Y entre tú y yo ¿quién es la perdida, la verdadera pecadora, Elvira?

La frase dura de Cloe cayó como una maza en Elvira. Era cierto ¿cuál de las dos era la mala? ¿La mujer sana que se dejaba querer naturalmente por un hombre, o la mujer perdida que gozaba artificialmente la posesión de muchos hombres?

IV

—¡Ale, ale yegua! ¡Yeguaaa!!

La yegua más vieja de la estancia daba vueltas con la cabeza cubierta con un lienzo, alrededor del trigo amontonado. Pisoteando las espigas, desgranábalas, en tanto que la chinada aventaba la paja para limpiar el grano.

—Nos otros — decía don Tomás, el dueño de la estancia — en cuanto llega la trilla, hacimos ésto. Tengo trilladora buenas pero como un recuerdo de las costumbres de antes, me gusta traer la yegua vieja y hacer pisotear el grano.

Los invitados rodaban jaraneros la escena. Se hacía música, se cebaba mate y se comía una torta dura y dulzona: “la torta e’trilla”.

Entre la gente visitante, Dafnis, Cloe y Elvira, se contaban como las de más confianza.

Cloe remolcaba a Elvira en todos los paseos y diversiones.

Enclavada la estancia en plena sierra cuyana era un amplio respiro verde en medio de la aplastante coloración rojiza de la montaña.

La gente serrana que la poblaba era dulce y triste. Vivía en quinchas, amontonada, en solidaridad con

la mugre y la indolencia. Borracheras constantes de chicha, y ausencia de diversiones más humanas, manteníanla en una brutalidad declarada. El instinto sexual desarrollado en grande por la promiscuidad y el ambiente físico, ayuntaba a las parejas en los pedregales, en los pastos y en las quinchas, sin más ley que el deseo imperioso. De ese modo y frente a la tarea periódico de los padres, la jornada de amor bestializada se repetía en los hijos, que, niños y brutos olvidaban ser hermanos para imitar el hecho que veían a diario en tantos lugares.

De ello había crecido una generación asombrosa de cotudos que a medida que aumentaba su deformidad física, acrecía su impotencia para el trabajo.

Dafnis, acompañado de Elvira y Cloe, recorría los alrededores, haciendo comentarios y conclusiones sobre los hechos observados. Elvira sentía que en ella se formaba una serie de conceptos nuevos que la lavaban por decantación de los horrores pasados.

Empero su organismo marchito y torturado no reaccionaba sino muy lentamente por la influencia benéfica de la vida sana.

El médico no quiso dar esperanzas de una reacción segura, ni menos de una curación rápida. Entendía que el corazón estaba en absoluto desquicio y que

a la primera impresión honda que sufriera Elvira, dejaría de funcionar.

* * *

La mozada que en ese verano ocupaba la estancia como huésped, la constituía una serie de muchachas y muchachos de la ciudad que perteneciendo a familias amigas, visitaban a Don Tomás.

Formáronse parejas. La sana risa presidía las pláticas. Excursiones a la sierra y a las arboledas del final de la estancia daban oportunidad al amor para manifestarse prestamente.

Cloe y Dafnis renovaron sus amores. Elvira conocía las escapadas de los jóvenes en las horas tranquilas de la siesta, hacia las arboledas distantes.

Intuía la felicidad que embargaba a los amantes que seguros de sí mismos constituían con toda conciencia, la pareja ideal, que amándose libremente sin ninguna cortapisa y sin más lazo que la existencia de su sano cariño y de su simple sensualidad, saltaban el cerco de lo establecido en busca de lo que ella intentó encontrar dentro de la malla de sus prejuicios.

Comprendía la enorme distancia que existía entre la brutal sensualidad de los pobladores serranos que se revolcaban como cerdos entre los piojos y la

mugre, no conociendo del amor nada más que el esfuerzo epiléptico de un segundo en plena borrachera de chicha, y el amor sano, limpio y conciente de la pareja juvenil que un año antes entre los pastizales de una huerta le produjera la más grande y honda sensación vital. Medía la distancia de su período de histerismo abyecto con el amor de los muchachos y la brutalidad de los serranos; y dábase cuenta que de los primeros la sepearaban muchos tramos en tanto que de los otros, nada, casi nada, porque ella había caído más abajo que los primitivos que se ayuntaban en las quinchas.

Estos vivían bajo la influencia primaria del instinto y ella nunca dejó desarrollarlo y cuando desbordó impetuoso, lo hizo encauzar por la pendiente pantanosa del vicio.



Las fiestas de la trilla prolongábanse. Los visitantes pasaban las horas en forma fácil y alegre. Al principio Elvira tuvo la esperanza de que entre la muchacha su presencia no ser... cargosa. Pero su apariencia de enferma y su aspecto de vejez, fueron excluyéndola de los círculos alegres. Cloe dióse cuenta de la situación de su amiga y temerosa de una recaída, instó a Dafnis para que no olvidara de distraer a Elvira. Re-

novó inconsciente el daño iniciado el año anterior; al sentirse cuidada y atendida amablemente por el hermoso muchacho, Elvira empezó a querer sorda e irrefrenablemente al amigo de Cloe. Su urgencia amorosa era un galopar de deseos que se volcaban en los gestos, en las risas y en las lágrimas de Elvira.

Bajo la influencia del "enemigo íntimo", la mujer enferma, se dejó resbalar como antes en la nueva pendiente. Pero ahora, era el abrazo real y fuerte de Dafnis lo que la fustigaba en la carrera. Había decidido en la primer oportunidad, hablar, gritar, llorar, lo que a ella la ahogaba. ¡Después... aunque viniera la muerte!...

El fin de año fué festejado ruidosamente en la estancia. La chinada se divertía en los bodegones, grandes carpas o quinchas amplias de chilcas y chañares, rodeados por empalizadas de algarrolos. Bajo la sombra menguada de la ranchería en los días de pleno sol, y a la luz de candiles de sebo durante las noches, las fritangas, los cantares, el bailongo y el crimen dominaban libremente. Las canciones montañeras, gangosas y tristes, poblaban el ambiente de una pesadez angustiosa. La chinada, descalza, astrosa, mal vestida; de rostros de un primitivismo acentuado color moreno amarillo, clinuda, con bigote raleado, babeando chicha y vino malota, chicoteaba con las palmas de sus manos los



traseros de las mujeres panzonas y flacas, que se encantaban de la caricia brutal y devolvían los manotones.

Muchachitas mugrientas color de tierra cocida, gritaban pidiendo "sopaipillas", en tanto las viejas "pitando" y bebiendo, vigilaban la venta de los boliches y los puestos.

—¡Aguá verí, maula cuatrero!"

—¡Y juí, juí, juííí!!! — aullaban los concurentes ebrios.

—¡Un plato e cutriaco ña Ramona!"

—¡Malaya la oveja e' m'hija!" — gritaba una vieja en busca de una muchachona fresca y almidonada, que desaparecía en la sombra de un "alpatacal".

Los visitantes de la estancia, quisieron participar en los bodegones. La gente serrana aplaudió la entrada de los patroneitos.

Elvira, Dafnis y Cloe en grupo aparte, miraban beber a los hombres y mujeres. La luz de las candelas iluminaba escasamente el escenario de los bodegones. Entre el ulular de los ebrios se sentía las disputas de los cuchilleros por una hembra. La prostitución era unánime; grupos informes se revolcaban tras las quinchas o bajo los mesones que recuadraban el bailongo. La urgencia masculina azuzada por la chicha, no respetaba parentescos ni momentos. Los hombres, oliendo a vino,

con las celines caídas y la mirada bovina, aullaban al compás de las guitarras.

Elvira sintió la vaharada de bestialidad y se dejó inundar por ella.

Parecíale que brotaba del suelo un calor sofocante que le subía por las piernas. Abrió las ventanas de su nariz con amplitud y con la boca abierta, recorrió todas las quinchas sin la compañía de Dafnis. Los hombres, la estrujaban, manotones perdidos golpeaban su cuerpo. En cierto momento un joven borracho la apretó contra una tranquera de algarrobos; pero el olor a frito, a mugre y a vino que brotaba del hombre la horrorizó y huyó angustiada hacia la luz.



Pasaron los días en sucesión maravillosa de color, aire y luz. Los visitantes de la estancia, fueron abandonándola poco a poco. Solo Elvira y sus dos amigos permanecieron hasta el fin de la estación.

Elvira decaía más. La incitación diaria de Dafnis y los excesos en las fiestas, le habían producido mucho daño. El corazón fallaba continuamente y Cloe horrorizada, esperaba día a día un momento doloroso: Elvira no podía vivir más.

Una siesta ardiente, la estancia se quemaba bajo

la caricia implacable del sol. Las montañas se diluían diáfanas al fondo, y la ceja de la serranía se mostraba limpia del ribete de nieve. Las torrenteras volcaban agua turbia y pesada hacia los campos del bajo.

Elvira acogotada por sus nervios no pudo permanecer en su habitación en medio de la fiesta de vida que brotaba a borbotones de la naturaleza toda. Quemándose en un fuego interior, corrió descalza por el "tajamar" que limitaba el predio, sintiendo deslizar entre sus piernas el agua turbia y gredosa que le mojaba hasta la raíz de los muslos. Enterraba sus pies en la arena húmeda con fruición desesperada, en tanto que mojaba sus cabellos. La exaltación de la carrera, hirió a su corazón en forma aguda; poco a poco después de un galopar furioso empezó la declinación de su movimiento. Elvira se sentía anonadada por la fatiga cardíaca; empero y con una especie de inconciencia fué despojándose de la ropa y desnuda se arrojó de espalda en la arena aguada del tajamar bajo la sombra verdeclara de la saucedá.

En plena soledad y acicateada por su deseo, llamó desesperadamente a Dafnis; su alarido de celo vibraba bajo la sombra de los sauces como un gemido moribundo.

La tierra soleada despidía un olor a quemazón; se abrían grietas, que simulaban bocas hambrientas de agua. La naturaleza olía a vida y la mujer enferma que

llorando llamaba a Dafnis, se iba envolviendo en la vaharada vital, sin que encontrara eco, su alarido amoroso.

La frescura del lugar fué apaciguando la sobrexitación de Elvira. Adormilada, con los pies dentro del agua y los brazos en cruz iba dejando que pasaran los momentos.

En pleno silencio de siesta, el chapoteo que unos pies hacían en el agua del tajamar, hizo despertar a Elvira. De pronto y frente a ella, saliendo de un recodo cubierto de cañaverales, surgió la figura de un hombre a medio vestir. Desnudo el torso y las piernas, no llevaba nada más que una bombacha azul, arremangada en las rodillas. Era el muchachón encargado de cuidar los tapones — compuertas del tajamar y que revisaba la obra hecha la tarde anterior.

La mujer y el hombre se miraron atónitos. El, era el mismo mozo que en el bodegón apretara contra unos palos a Elvira. Recio, feo, elinudo y bestial, nada había desaparecido de su fisonomía que la hiciera más humana. El cuerpo blanco y limpio de la mujer lo atrajo con fuerza; avanzó despacio en el agua, hacia ella. Pero la mujer horrorizada de la bestia que reía en la boca caída del mocetón huyó alelada zanjón abajo. Sus pies se lastimaron en las matas espinudas y sus flancos en los chilcales. Huyó hasta donde sus rodillas cedieron; en su afán no se dió cuenta que al huir hacia abajo se

alejaba de la estancia. Rendida y sintiendo al corazón crecido y grande como un saco dentro de su pecho, se arrinconó entre los yuyos.

El mocetón acuciado por la huída, gritaba ronco. Había arrojado la bombacha y sus muslos torcidos y flacos surgían como sarmientas del agna del tajamar.

La mujer cerró los ojos. Dafnis apareció en el iris oculto, en tanto que las lágrimas epilagaban su pensamiento. ¡Al fin; para qué huir más? Vieja y enferma no podía esperar a Dafnis, ni al amor sano y grande. Era demasiado tarde; no había derecho para rechazar a la bestia que se le ofrecía, tal vez tarada. Pero siquiera conocer una vez, una vez sola, lo que tanto la hizo sufrir! Y sintiendo latir como pájaro loco al corazón, en plena tarde y frente a la claridad de los cielos, la mujer devolvió el abrazo a la bestia, maculando con la blancura de sus piernas abandonadas, la costra parda de la tierra.

El galopar furioso de la bestia acicateado por la blandura de la carne, no se preocupaba del gemido cada vez más ronco que salía de la boca de la mujer.

Y cuando más tarde calmada la sed y resoplando aún por la fatiga, el mocetón preguntó así: "Chei ¿querís seguir conmigo?" solo hubo de contestarle el silencio mortal de la mujer y unas manchas de sangre coaguladas en los ángulos de la boca.

Entontecido de miedo, el bruto huyó campo travesía.

Y sobre la tierra parda manchada de verde sucio por la lepra del chilcal y de los chañares, la mujer quedó sola y muerta frente a la fiesta de la naturaleza, con las piernas encogidas y los brazos en cruz, crucificada en el amor y por el amor!...



LOS REALISTAS

NOVELAS DE AMOR Y DE COMBATE

DIRECCIÓN:

LEONIDAS BARLETTA — NICOLAS OLIVARI

ADMINISTRADOR:

FRANCISCO MUNNER

Subscripción adelantada, por año \$ 4.50

Precio por cada ejemplar..... 0.20

OFICINAS:

837 - BOEDO - 837

TELEFONO:

U. Tel. 4999, Mitre

-
- N.º 1 — Ramera, por L. Barletta (agotado).
» 2 — La Canción de los Vientres Infecundos, por N. Olivari.
» 3 — Mujeres del Sud, por H. P. Blomberg.
» 4 — La mujer de todos y otros trabajos, Número Homenaje, por Juan Pedro Calou.
» 5 — Larva de mujer, por Elías Castelnuovo.
» 6 — Una Cocote, una Niña y un Filósofo, por J. Fingerit.
» 7 — Los Sensuales, por Leónidas Barletta.
» 8 — El Burdel de la Judía, por Israel Chas de Chruz.
» 9 — La Mala Vida, por Nicolás Olivari.
-

En el próximo número EXTRAORDINARIO una novela licenciosa de

Leónidas Barletta.

CONCESIONARIO PARA LA VENTA: RUBLI HERMANOS

LAS GRANDES OBRAS

Publica la magistral obra de LEONIDAS ANDREIEV,

LA VIDA DEL HOMBRE

Una novela
REVOLUCIONARIA;
una novela CRUDA
puesta en venta por una
editorial VALIENTE.

Los Vientres Trágicos

NOVELA REALISTA

Por LEONIDAS BARLETTA

En todas las librerías,
kioscos y puestos de
lectura

\$ 1.50 el tomo.

Pedidos:

Editorial
LOS REALISTAS

Boedo 837, Bs. As.